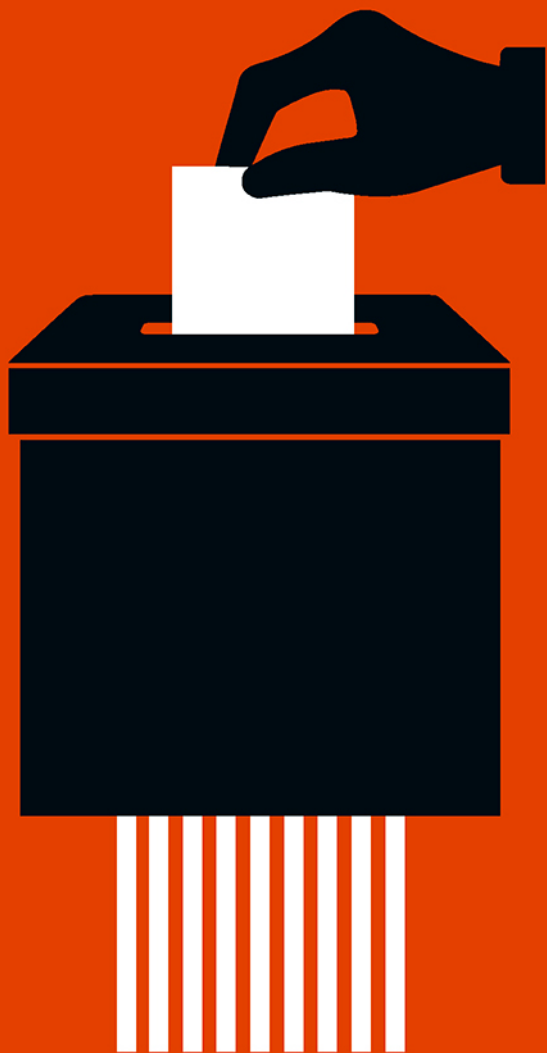


Susan C. Stokes

Los regresores

Líderes que erosionan
sus propias democracias



Galaxia Gutenberg

SUSAN C. STOKES

Los regresores

Líderes que erosionan
sus propias democracias

Traducción de
Teresa Bailach

Galaxia Gutenberg



Titulo de la edición original: *The Backsliders. Why Leaders Undermine their own Democracies*
Traducción del inglés: Teresa Bailach Arrate

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© Princeton University Press, 2025
© de la traducción: Teresa Bailach Arrate, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14651-2026
ISBN: 979-13-88019-88-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A mi hermana, Elizabeth Stokes Çakır,
que, durante toda nuestra vida, ha iluminado
mi camino con su sabiduría y su intelecto.
Soy muy afortunada de contar
con su amor y su amistad.*

Índice

Listado de figuras	13
Listado de tablas	17
Prefacio y agradecimientos	19
INTRODUCCIÓN	27
1. ¿Qué es la erosión democrática?	45
¿Qué quieren los regresores?	51
¿Qué hacen los regresores?	57

PARTE I CONTEXTOS ECONÓMICOS Y POLÍTICOS

2. ¿QUÉ HAY DETRÁS DE LA OLEADA DE EROSIÓN DEMOCRÁTICA?	71
La estadística al servicio del estudio de la democracia	73
Las causas de la erosión	76
3. LA DERECHA ETNONACIONALISTA	89
Un nuevo espacio político para la derecha etnonacionalista	94
La erosión democrática en una democracia rica: Estados Unidos	103
Debilitamiento institucional sin erosión completa: el Reino Unido	117
Etnonacionalismo sin erosión: Suecia	129

4. LOS POPULISTAS DE IZQUIERDAS.....	141
Los populismos regresores de izquierda	
en Latinoamérica	144
La política electoral latinoamericana en el cambio	
de siglo	151

PARTE II

LOS REGRESORES Y EL ELECTORADO

5. POLARIZACIÓN Y LENGUAJE BASURA: LA TEORÍA.....	167
El apoyo de la ciudadanía a la democracia	169
Los regresores y la polarización partidista	172
Las trampas de la polarización	182
Más allá de la polarización: el lenguaje basura	185
¿Cuándo polarizar y cuándo emplear	
el lenguaje basura?	191
6. POLARIZACIÓN Y LENGUAJE BASURA:	
LA EVIDENCIA	193
¿Cómo influye en el electorado	
el lenguaje basura contra	
la democracia?	200
7. LA BASE PSICOLÓGICA DEL RESPALDO	
A LOS REGRESORES	213
¿Por qué la gente se cree cosas	
absurdas sobre la política?.....	215
Las emociones y el lenguaje basura	
contra la democracia	235

PARTE III
RESISTENCIA Y REPARACIÓN

8. ESTRATEGIAS PARA DETENER (Y REVERTIR)	
LA EROSIÓN	243
Un avance de las estrategias prácticas	246
Las políticas que reducen la desigualdad también refuerzan la democracia	247
¿Jugar sucio o no jugar sucio?	249
Partidarios del régimen y profesionales.	254
La resistencia desde el electorado	264
Referencias bibliográficas	279
Índice analítico	301

Prefacio y agradecimientos

Mi primer empleo como docente fue en la Universidad de Washington, a finales de los años ochenta. Por aquel entonces, había un personaje habitual en el campus, un caballero marchito al que a menudo se lo veía paseándose por el amplio patio exterior del edificio de la Asociación de Estudiantes. Lloviera o hiciera sol, ahí estaba (y, como era Seattle, sobre todo llovía). Solía llevar unas grandes pancartas con diversos mensajes políticos, y uno de ellos rezaba: «Llegará el fin del Muro de Berlín». A mí aquel mensaje me parecía más cargado de rima que de realismo, y mi preocupación iba dirigida principalmente a que el hombre no se resbalara en el patio mojado por la lluvia.

Y entonces, un día de principios de noviembre de 1989, resultó que aquel hombre tenía razón.

Para cualquiera que piense que los seres humanos no deberían tener que soportar vivir bajo una dictadura, aquel acontecimiento fue una grata sorpresa. Y se sumó a otros acontecimientos similares. Sólo un año antes, una tarde de principios de octubre de 1988, el mundo se enteró de que la mayoría de los chilenos habían votado «No» a que el general Augusto Pinochet continuara en el poder durante ocho años más. En Chile iba a tener lugar algún tipo de transición a la democracia: se había colocado la última gran pieza del rompecabezas y Latinoamérica se convertía en un continente mayoritariamente democrático.

Pero últimamente los vientos de la política soplan en la otra dirección, y las sorpresas ahora resultan ser, más a menudo, golpes de mala fortuna. Más de tres décadas después, los jóvenes

adultos hoy heredan democracias que parecen estar desintegrándose. Una breve muestra de este triste panorama incluye países con tribunales, antes independientes, convertidos ahora en armas virtuales del Gobierno o en instituciones que corren el riesgo de perder su independencia. Este escenario incluye países con unos medios de comunicación perseguidos, censurados o cerrados por líderes electos, y con presidentes que afirman con falsedad que las elecciones son fraudulentas y que fomentan levantamientos contra un traspaso pacífico del poder.

La lista, como veremos en el capítulo 1, es larga.

Por supuesto, la democracia, en el mejor de los casos, es susceptible de contener muchos defectos. Es posible que la participación ciudadana sea anémica: la de los ciudadanos marginados a menudo queda excluida o se desalienta. También es posible que los intereses de los más pudientes impidan que los legisladores representen a todos los electores. Que los funcionarios sean incompetentes o corruptos. Que las campañas electorales a veces agraven las tensiones sociales sin arrojar luz sobre los importantes desafíos que enfrenta la sociedad. La lista de defectos de las democracias es, también, muy larga. Pero, en los últimos años, hemos sido testigos de un creciente número de presidentes y primeros ministros decididos a ampliar sus propios poderes y a sabotear sus instituciones políticas, en algunos casos hasta el punto de que el sistema en el que operan deja de ser una democracia. ¿Por qué la democracia está virando hacia el autoritarismo en muchos países? ¿Cómo se puede revertir esta tendencia? Estas son las preguntas clave a las que pretendo dar respuesta en este libro.

* * *

La investigación es un esfuerzo comunitario. Mis reflexiones acerca de las amenazas a las que se enfrenta actualmente la democracia han ido adquiriendo forma gracias a una comunidad de académicos que han producido un extraordinario caudal de investigación. Estos colegas son, entre otros, Nancy Bermeo, Steven Levitsky,

Daniel Ziblatt, Milan Svolik, Ellen Lust, David Waldner, Adam Przeworski, Stephan Haggard, Robert Kaufman, Tom Ginsburg, Aziz Huq, Jennifer McCoy, Murat Somer, Melis Laebens, Zhaotian Luo, Javier Corrales, Jamie Druckman, Ozan Varol, Pippa Norris, Kim Lane-Scheppele, Kenneth Roberts, Yascha Mounk, Kurt Weyland, Jan-Werner Müller, Gretchen Helmke, John Carey, Brendan Nyhan, Julio Ríos Figueroa, Scott Mainwaring, Laura Gamboa, Monika Nalepa, Larry Bartels, Robert C. Lieberman y Suzanne Mettler.

He realizado mi investigación en el Chicago Center on Democracy (CCD), que tengo el honor de dirigir. Este centro cuenta con el respaldo de la División de Ciencias Sociales de la Universidad de Chicago, que, bajo el liderazgo de su decana, Amanda Woodward, ha apoyado nuestro trabajo con generosidad. El director de operaciones del CCD, Kevin Kromash, ha desarrollado una labor crucial en la coordinación de nuestra investigación, con un asesoramiento inestimable. Hago extensible mi agradecimiento también a Laura Sandino, del personal del CCD, por su experta ayuda con la investigación y por su colaboración en general.

El profesorado vinculado al CCD ha alimentado un estimulante debate y ha tenido la amabilidad de leer mi trabajo y ofrecerme su *feedback* para este proyecto: Michael Albertus, Cliff Ando, María Angélica Bautista, Elisabeth Clemens, Ciara Cordelli, Jane Dailey, Marco Garrido, Tom Ginsburg, Andreas Glaeser, Aziz Huq, Demetra Kasimis, Matthew Landauer, Zhaotian Luo, Luis Martínez, John McCormick, Monika Nalepa, Shmulik Nili, James Sparrow, James Wilson y Scott Gehlbach. Mi colega y cómplice en Chicago, Will Howell, es una fuente de inspiración como académico y como crítico constructivo de la democracia estadounidense. Lisa Wedeen me ha enseñado mucho sobre política y sociedad a lo largo de los años: le agradezco su sabiduría, erudición y amistad. En Chicago, conté también con la excelente ayuda de Guankun Li para mi investigación.

Este libro se nutre del trabajo realizado por Bright Line Watch, un consorcio que rastrea las valoraciones, tanto de expertos como

del público, con respecto a la democracia estadounidense. John Carey, Gretchen Helmke, Brendan Nyhan, Mitchell Sanders y yo misma fundamos Bright Line Watch en el 2017. Nuestro equipo ha contado con el gran talento de varios jóvenes académicos: Annie Chen, Yibing Du, Germán Feierherd, Shun Yamaya, Olivier Bergeron-Boutin y Katie Clayton. Katie ha aportado, además, lúcidas observaciones en varias partes de este proyecto. Bright Line Watch ha contado con la generosa financiación de la Hewlett Foundation y el Democracy Fund.

He tenido el gran privilegio de contar con la colaboración de mis colegas en el Tecnológico de Monterrey, en Monterrey, México. Doy las gracias a Brett Bessen, así como a mis amigos y colegas de Ciencias Políticas, el decano Gabriel Aguilera López y el vicepresidente Alejandro Poiré, por su *feedback* y su orientación.

Un equipo de estudiantes de posgrado y doctorados recientes de Yale y Chicago ha enriquecido este proyecto, entre los que se incluyen Melis Laebens (ahora en la Universidad Central Europea), Andrés Uribe (ahora en la Universidad de Wisconsin, Madison), Shahana Sheikh (ahora en la Universidad de Pensilvania) e Ipek Çınar y Lautaro Cella (Universidad de Chicago).

Erdem Aytaç, de la Universidad Koç, en Estambul, ha sido un fiel colaborador, asesor y amigo durante muchos años. Su ayuda con los sondeos turcos que se citan en este libro resultó crucial.

Doy las gracias a Bo Rothstein y a Carl Wennerlind por sus lecciones acerca de la política sueca, a Carlos Dada por sus enseñanzas sobre la política salvadoreña y a Natália Bueno por sus conocimientos acerca de la política brasileña.

He presentado partes de este libro en muchas universidades y congresos. No es posible nombrar aquí a todos los participantes. Pero todas y cada una de las presentaciones, junto con los comentarios y críticas que suscitaron, han mejorado este estudio. Quedo especialmente agradecida a Giovanni Capoccia y a Isabela Mares, que convocaron una serie de conferencias en la Universidad de Oxford, en Yale y en la American Political Science Association, y a

los colegas que participaron en estos talleres, incluidos Robert Lieberman, David Bateman, Melis Laebens, Filip Milačić y Desmond King. Doy las gracias, asimismo, a Andrea Olsner y a Germán Feierherd por organizar una serie de conferencias durante una semana en la Universidad de San Andrés, en Buenos Aires, que me brindó la maravillosa oportunidad de testear estas ideas ante un público sudamericano.

Los tres talleres que se dedicaron al libro me aportaron un valioso *feedback* sobre el manuscrito completo por parte de varios grupos de académicos distinguidos. Uno de ellos tuvo lugar con el Democracy Reading Group, formado por Sheri Berman, Anna Grzymala-Busse, Didi Kuo, Noam Lupu y Dan Slater. Otro, financiado por el Center for International Social Science Research (CISSR) de Chicago, contó con la participación de Cathy Cohen, Tom Ginsburg, Peter Hall, Aziz Huq, Zhaotian Luo, Adam Przeworski, Milan Svolik y James Wilson, así como la de los extraordinarios doctorandos de la Universidad de Chicago, Lautaro Cella e Ipek Çınar. Una tercera conferencia sobre el libro se celebró en el Nuffield College, de la Universidad de Oxford, con la participación de Viviana Baraybar-Hidalgo, David Doyle, Andy Eggers, Jane Gingrich, Ezequiel Gonzalez, Desmond King y David Rueda. Sus impresiones me llevaron a realizar muchos cambios: a todos ellos les envió mi profundo agradecimiento.

Tres de mis colegas y amigos –Eli Rau, Luis Schiumerini y Frank Trentmann– leyeron el manuscrito entero casi en la última fase, y me hicieron sugerencias útiles y detalladas, me salvaron de algunos errores y contribuyeron a hacer que el libro final fuera mucho mejor.

En Princeton University Press, quedo profundamente agradecida a Bridget Flannery-McCoy por su apoyo al proyecto, y por su asesoramiento y ayuda a la hora de pulirlo y hacerlo más accesible –¡eso espero!– para un público no académico. Hago extensible mi agradecimiento, asimismo, a Eric Crahan, por su ayuda con este proyecto, y a Alena Chekanov y a Nathan Carr, por su ayuda y orientación. Jamie Druckman y Anna Grzymala-Busse revisaron

el manuscrito para Princeton. Su trabajo no podría haber resultado más útil y riguroso: tengo una gran deuda con ambos.

Mi trabajo también ha contado con el apoyo del Democratic Erosion Consortium, una asociación en la que colaboran profesores universitarios, investigadores y estudiantes. Desde el 2017, el consorcio ha coordinado un curso acerca de la erosión de la democracia, que actualmente se enseña en sesenta universidades, y se ha nutrido, asimismo, del trabajo de los estudiantes para construir la base de datos Democratic Erosion Event Database, un tesoro para todos los que realizamos nuestra investigación en este campo. Doy las gracias a Rob Blair, Jessica Gottlieb, Hannah Baron y otros colegas que están implicados en este consorcio.

Se suele decir «no podría haber escrito este libro sin», y a continuación se añade el nombre de alguien que haya aportado algo útil. Pero, literalmente, no podría haberlo escrito sin la colaboración constante de Eli Rau. Hace algunos años, Eli era un estudiante de doctorado en la Universidad de Yale. En aquel entonces, tal vez le enseñara yo algunas cosas. Pero, de manera sostenida, a lo largo de los años, las tornas se han vuelto y a estas alturas ya no tengo tan claro quién es el mentor y quién el aprendiz. Hemos trabajado juntos en las ideas en las que se basa este estudio, así como en el trabajo empírico. Eli, además, ha realizado todos los gráficos que ilustran este libro.

Varias instituciones han aportado su ayuda a través de becas que facilitaron, en gran medida, que pudiera completar este libro. Entre el 2021 y el 2023, tuve el honor de recibir el apoyo del Andrew Carnegie Fellows Program. Tuve también el privilegio de ocupar el cargo de Kluge Chair in Countries and Cultures of the South, en la Biblioteca del Congreso, a mediados del 2024. Estoy muy agradecida al director del Kluge Center, Kevin Butterfield; al director del programa, Dan Turello, y al resto del personal del Kluge. En Chicago, el Center for International Social Science Research ayudó con la investigación de los sondeos y con una conferencia para el libro. Quedo agradecida al CISSR y a su alentadora directora, Jenny Trinapoli.

Por supuesto, mi mayor agradecimiento se lo debo a mi familia. Mi marido, el historiador Steve Pincus, ha sido no sólo un apoyo a lo largo de todo el proceso, sino también paradigma del académico que produce estudios rigurosos y emocionantes que guardan una gran relevancia para el mundo actual, aunque se centre en la Europa de los siglos XVII y XVIII. Mi familia política, Gail Pincus, Michelle Pincus y Phil Pincus, comparte una brillante obsesión por la política y grandes valores. Mis hijos, Sam Deustua, David Pincus y Andy Pincus, son unos ávidos y perspicaces observadores de la política de nuestros días, aunque, como madre, sólo espero que no tengan que vivir toda su vida tiempos tan «interesantes» como los actuales.

Finalmente, dedico este libro a mi querida hermana mayor, Elizabeth Stokes Çakır, quien, durante toda nuestra vida, ha iluminado mi camino con su sabiduría y su intelecto. Soy muy afortunada de contar con su amor y su amistad.

Introducción

Este libro habla acerca del debilitamiento de la democracia. Desde principios del siglo XXI, en una veintena larga de países en todo el mundo, varios presidentes y primeros ministros electos han ocupado sus cargos y han procedido a atacar sus propios sistemas democráticos. Han adoptado una postura hostil hacia las normas, los agentes democráticos y las instituciones. Los ataques verbales han ido acompañados de acciones destructivas contra esos mismos objetivos. Puede que uno de esos primeros ministros lance, tal vez, una diatriba contra los medios que vaya más allá de la típica queja acerca de un error en una cita o de unas informaciones sesgadas. O quizá cuestione, de manera implícita o explícita, el valor mismo de la prensa independiente. El lenguaje hostil ha ido acompañado de acciones hostiles: demandas judiciales contra periodistas, la adquisición de agencias de prensa independientes por parte de amigos ricos del líder, el establecimiento de organizaciones oficiales que rastrean a la prensa o la clausura de plataformas problemáticas.

Así ha sido, también, en el caso de otras instituciones. Un presidente declara que la judicatura es incompetente, corrupta y tendenciosa, y que, por todo ello, estaría justificado que abarrotara los tribunales con jueces ideológicamente afines. Las organizaciones de la sociedad civil son agentes de entidades extranjeras y se prohíbe su actividad si tienen conexiones internacionales. La Administración pública se rebautiza como «Estado profundo», los expertos del sector público son menospreciados y se cuestionan las leyes que protegen sus empleos. Aquellos líderes que están a

punto de perder unas elecciones cuestionan la integridad de la Administración electoral, y si, en efecto, pierden, denuncian un fraude generalizado.

Esta deriva es preocupante y profundamente desconcertante. En épocas anteriores, la principal amenaza a la que se enfrentaba la democracia era un golpe de Estado militar, un peligro limitado a las nuevas democracias en los países pobres. Ahora nos enfrentamos a la posibilidad de que la democracia se corroa desde dentro, y a que esto ocurra en varios sistemas ricos y aparentemente bien establecidos. Mientras que un golpe de Estado llegaba como una explosión repentina, imposible de esconder, esta regresión democrática ha tenido un cariz sigiloso, gradual, gota a gota, y por ello ha sido más difícil que la población se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que el proceso estaba ya muy avanzado.

La erosión democrática en nuestros días trae el eco de una época anterior. Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la democracia estuvo amenazada en toda Europa y cayó en algunos países. En efecto, la década de los años treinta nos ofrece una lección sobre cómo erigir una barrera de protección alrededor de las democracias contemporáneas.¹ El debilitamiento de la democracia hace casi un siglo fue un elemento precursor de la Segunda Guerra Mundial. Ahora que los agresores autocráticos vuelven a alterar la paz en nuestra propia época, esta historia es un recordatorio de lo que está en juego para la supervivencia y la salud de la democracia.

¿Por qué está debilitándose la democracia? Las explicaciones que ofrecen académicos y observadores por lo general se centran en las acciones o en la falta de acción de individuos particulares, como, por ejemplo, el fracaso de los líderes de los partidos políticos para erigir barreras que protejan de los líderes regresores. O se fijan en aquellos rasgos de las masas que las vuelven tolerantes a los ataques sobre las instituciones democráticas. De ahí que se centren en la intensa polarización ideológica del electorado, una característica que también analizaré.

1. Véase Levitsky y Ziblatt (2018).

Estas explicaciones son certeras e importantes. Pero no explican por qué el mundo está padeciendo una ola de erosión democrática *en este momento*, a partir del final del siglo xx y a lo largo de las primeras décadas del siglo xxi. Lo que ofrezco en este libro es justo esa explicación histórica, una respuesta a la pregunta «¿por qué ahora?».

Para comprender los acontecimientos que vivimos en estos días, tenemos que retrotraernos varias décadas atrás. Las raíces de esta erosión se encuentran en las últimas décadas del siglo xx. Tras la desregulación económica y la integración global de los mercados de bienes y de capital, la desigualdad salarial fue en aumento. La promesa en aquella época era que el crecimiento económico se extendería a través de las sociedades: la pleamar elevaría todos los barcos.

Pero no fue así. Para dar un ejemplo, en Estados Unidos el fuerte crecimiento económico que tuvo lugar entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el año 1980 se dio de manera equitativa entre los grupos de rentas baja, media y alta. A partir de 1980, el crecimiento salarial se estancó en el caso de las clases más bajas, fue mediocre para las clases medias y se disparó para las clases más altas. Y, al igual que en Estados Unidos, las democracias más avanzadas fueron testigos de un aumento de la brecha salarial.

En el sur global, las brechas salariales eran ya considerables en los años noventa, cuando los mercados fueron desregulados y se eliminaron las barreras al comercio y a la inversión. La globalización agrandó estas brechas.

En la primera parte de este libro, expongo los pasos que llevan de la desigualdad salarial a la erosión democrática. Trazo dos caminos separados que terminan en un mismo punto: con los líderes electos atacando sus propias instituciones democráticas. Uno de los caminos es a través del ascenso de los partidos etnonacionalistas de derechas y el otro, a través de los populismos de izquierdas. El desarrollo de las sociedades en décadas anteriores y la desigualdad en la era de la globalización provocaron cambios en los sistemas de partidos de las democracias avanzadas y en las

nuevas democracias del mundo poscomunista. Estos cambios abrieron un espacio a los partidos etnonacionalistas de derechas, que en algunos casos obtuvieron poder y sabotearon sus sistemas democráticos. El cambio del sistema de partidos en el sur global significó no una apertura a nuevos partidos sino, sobre todo, la cristalización de unas fuerzas populistas de izquierdas con un enorme reclamo social. Estas transformaciones, a lo largo de varias décadas, crearon el escenario para una erosión democrática en el primer cuarto del siglo *xxi*.

El economista del desarrollo Dani Rodrik vaticinó que la globalización y las crecientes brechas salariales serían el presagio de una deriva política nada saludable. Rodrik explicó que, en los países ricos, la globalización fomentaba la afluencia de mano de obra. En esos lugares, los políticos populistas basaban la movilización del electorado en unos clivajes culturales o identitarios. En los países en vías de desarrollo, la globalización implicaba una afluencia de bienes, finanzas e inversión procedentes del extranjero: en esos territorios, a los políticos les resultaba más fácil la movilización basada en las diferencias de clase y de renta. Por lo tanto, explica Rodrik:

Los «enemigos del pueblo» son diferentes en cada caso. Los populistas que enfatizan el clivaje identitario atacan a los extranjeros y las minorías, y eso da como resultado un populismo de derechas. Aquellos que ponen el foco en el clivaje salarial atacan a los ricos y a las grandes corporaciones, y eso produce un populismo de izquierdas.²

2. Rodrik (2018), p. 13. Rodrik emplea el término «populismo» de manera diferente a como lo uso yo en este libro. Él describe una categoría general de políticos y sugiere varias subcategorías de populistas basadas en la clase y la identidad. Yo me refiero a los regresores de derechas como «etnonacionalistas» y reservo el término «populista» para los líderes de izquierdas, con otros matices que se explican más adelante, entre los populistas y no populistas de izquierdas, tal y como analizo en mayor profundidad en el capítulo 2.

Hablen el idioma del etnonacionalismo o el idioma de la clase social, la movilización encuentra su fuerza motriz en una acentuada división «entre los ganadores y los perdedores de la exposición a la competición global».³

Pero la desregulación y la globalización no llevó a la erosión en todos los países. En los capítulos que siguen, explicaré qué elementos pusieron en especial peligro a ciertas democracias. A modo de avance, imaginemos un tren en el que viajen presidentes y primeros ministros. Puede que se bajen del tren antes de llegar al punto en que su democracia se erosione, o puede que sigan en el vagón. ¿Qué clase de perfil tiene el líder que se queda en el tren hasta las últimas consecuencias y qué tipo de sociedad suele gobernar esta clase de líder?

Los dirigentes de países en los que la brecha salarial y de riqueza es mayor tienen más probabilidades de ser de los que se quedan en el tren. También aquellos líderes que gobiernan sobre poblaciones extremadamente polarizadas ideológicamente, poblaciones que ven al partido opuesto como una amenaza existencial. De modo similar, los presidentes y primeros ministros son más propensos a quedarse en el vagón si gobiernan sobre poblaciones que desconfían de las instituciones políticas y sociales: desde los partidos políticos tradicionales hasta la prensa y los tribunales. Una sociedad que tenga una mayor confianza en las instituciones será más propensa a usar sus votos para presionar al líder para que se baje del tren. Y otros líderes del partido, compañeros de los regresores y que tal vez tengan sus propias razones para querer verlos bajarse del tren, estarán más dispuestos a acompañarlos si el público no se muestra tan fascinado por los líderes polarizantes.

Las preferencias personales de los presidentes y primeros ministros también cuentan. Incluso los líderes de países polarizados, con altos índices de desigualdad y que desconfían de sus instituciones tal vez decidan bajarse del tren de manera voluntaria si están comprometidos con los ideales de la democracia liberal y respetan la

3. Rodrik (2021), p. 134.

Constitución y a las generaciones fundadoras de sus Estados. Mientras tanto, los presidentes y primeros ministros que no sientan como propios esos compromisos democráticos se quedarán alegremente en su vagón. Como también lo harán quienes vean el tren como un sitio inmejorable desde el que conspirar para robar de lo público y evitar ser procesados. Si piensan que al bajar del tren terminarán ante un tribunal para ser juzgados por sus fechorías, optarán por mantenerse en la seguridad de sus compartimentos.

Esta metáfora ferroviaria es, claro está, una simplificación. Para empezar, las características que mantienen a los líderes a bordo del tren no son completamente independientes, sino que están conectadas entre sí. Los países con mayor desigualdad, además, son propensos a estar polarizados. Y sus líderes no se limitan a aceptar a sus sociedades tal y como se las encuentran: fomentan esa polarización, el odio entre la ciudadanía, unos contra otros. Y, después de haber ascendido al poder a base de prometer la clausura de las instituciones, avivan la desconfianza hacia estas en sus países. Tratan de convencer a sus simpatizantes de que la prensa, la judicatura, los partidos tradicionales y la Administración electoral están rotos. Abogan por sustituirlos por alternativas sobre las que el poder ejecutivo ejerza su control. En resumen, estos líderes regresores emplean el lenguaje basura al hablar de sus democracias.

La imagen de un destino común en el que la democracia se erosiona de repente tampoco es correcta al cien por cien. De hecho, los líderes tienen oportunidad de observarse unos a otros antes de decidir si se bajan o si se quedan a bordo del tren. Imaginemos a algunos presidentes sudamericanos, hacia el inicio del trayecto, mirando por la ventanilla del tren y viendo por un instante a su homólogo venezolano planeando la redacción de una nueva Constitución para su país que garantice que todo el poder se concentre en sus manos. Imaginemos a un presidente norteamericano mirando por otra ventanilla, viendo a un primer ministro europeo manipulando una vez más al Tribunal Supremo para hacerlo más favorable y apartando a las agencias de prensa que lo critican. Todo eso alienta

a los presidentes que observan estos dudosos modelos de conducta a quedarse a bordo del tren para hacer la prueba y ejercer esa regresión democrática en sus propias sociedades.

Pero estos presidentes y primeros ministros que hemos estado imaginando no están aislados en el vacío dentro del tren. En realidad, son vulnerables a toda clase de agentes que desean acompañarlos, presionarlos y forzarlos a que se bajen. Cuando un número suficiente de jueces mantiene la integridad profesional en sus juzgados, los esfuerzos de los líderes por acabar con sus oponentes o robar unas elecciones se pueden contrarrestar. Si un número suficiente de asociaciones civiles se opone a que los líderes normalicen la destrucción de las normas, los esfuerzos de los regresores para revestir de respetabilidad sus acciones pueden verse frustrados. Si las fuerzas democráticas logran sumar votos gracias a una visión atractiva de un futuro colectivo mejor, y respaldan sus declaraciones con políticas públicas sólidas, la democracia puede prevalecer.

En la segunda parte del libro, profundizo en la cuestión clave de cómo responde el electorado ante los líderes regresores. Y propongo respuestas a este rompecabezas: si la ciudadanía común en las democracias no está, por lo general, dispuesta a tirar por la borda sus sistemas de gobierno, ¿por qué aguanta a líderes que parecen ansiosos por hacer justamente eso? La clave está en unos electorados altamente polarizados y unos líderes que menosprecian las instituciones de su país ante los ojos de la ciudadanía.

En el último capítulo de este libro propongo una serie de reflexiones acerca de cómo frenar la regresión democrática y cómo arreglar aquellos países en los que la democracia sigue debilitada, incluso después de la salida de los líderes regresores.

* * *

Cuando he hablado de este proyecto con otras personas, algunas piensan que el asunto no tiene suficiente entidad. La democracia siempre es tumultuosa, me dicen, y propensa a los altibajos.

En Estados Unidos, mucha gente empezó a preocuparse por la capacidad de resistencia de la democracia estadounidense durante la primera presidencia de Donald Trump. Después de que Trump pasara brevemente a un plano secundario, se aferraron a la idea de que esto no había sido más que un pequeño bache, y que la solidez de la democracia estadounidense nunca había estado realmente en tela de juicio. (A muchos, con la reelección de Trump en el 2024, les volvió la preocupación acerca de la salud de la democracia estadounidense.)

La reacción es comprensible. Pero en este libro demuestro que es errónea. Eso no fue un bache. Los estudios publicados por destacados politólogos coinciden en que, de hecho, en las últimas dos décadas ya se había producido una ola de erosión democrática en todo el mundo.⁴ Estados Unidos formó parte de esa ola. Se ha producido un daño real en más de un puñado de democracias en todo el mundo, un daño que puede persistir más allá del momento en que el líder regresor acabe su mandato. Por ejemplo, la democracia está diseñada para ofrecer vías pacíficas para arreglar las diferencias. Al erosionarse, las democracias se vuelven más violentas: los manifestantes pacíficos son perseguidos, los funcionarios públicos sufren amenazas, los jueces necesitan guardaespaldas y los políticos reciben disparos.

El asunto se extiende a las relaciones internacionales. Las democracias son menos proclives a declararse la guerra mutuamente, de manera que un mundo menos democrático es un mundo menos pacífico.⁵

Además, incluso aunque un potencial autócrata se baje de nuestro tren imaginario, las condiciones sociales pueden seguir siendo las ideales para que aparezca un imitador que retome el proceso de erosión. El líder regresor tal vez salga de escena pero

4. Varios estudios generales clave proponen esta idea. Entre ellos se incluyen Bermeo (2016), Levitsky y Ziblatt (2018), Waldner y Lust (2018), y Haggard y Kaufman (2021).

5. Dafoe, Oneal y Russett (2013).

deje tras de sí a un electorado que siga considerando que las instituciones públicas son corruptas y sus conciudadanos, una amenaza existencial.

En resumen, la erosión democrática es real. Puede acabar en una autocracia, e incluso cuando no ocurre eso, daña la democracia y debilita los derechos, las garantías y las libertades de la ciudadanía que atraviesa esa experiencia vital.

También me he encontrado con otra reacción, que es la siguiente: un determinado país puede ser lo que llamamos una «democracia» y, aun así, estar lejos de ser ideal. Se trata de un lugar en el que la gente no puede evitar la escasez material, la exclusión o el racismo. Un lugar en el que la baraja parece estar trucada en contra de la gente corriente, donde los padres y las madres están preocupados por el futuro de sus hijos e hijas. Que promete igualdad de derechos y garantías legales pero que, a menudo, no está a la altura. Con todos estos defectos, ¿cuál es el valor de la democracia y por qué debería preocuparnos su declive?

En realidad, existe una amplia evidencia de que es mejor vivir en una democracia que en una autocracia. Económicamente, las democracias son más dinámicas. Según algunas estimaciones, el cambio de una autocracia a una democracia se asocia con un aumento a largo plazo del veinte por ciento en un índice clave de la riqueza nacional: la renta per cápita.⁶ Este crecimiento refleja un mayor gasto público por parte de las democracias en educación y sanidad, así como un entorno sujeto a leyes, más adecuado para la inversión privada. Los movimientos sindicales y las presiones electorales producen una mayor igualdad salarial en las democracias, en comparación con las autocracias, de nuevo, de media y a largo plazo.⁷ Así que existen razones para creer las palabras de un político argentino, pronunciadas en un momento en el que su país se hallaba en una encrucijada, entre una dictadura en declive y una democracia al

6. Acemoglu *et al.* (2019). Véanse también Rodrik y Wacziarg (2005) y Przeworski *et al.* (2000).

7. Oyèkolá (2023), p. 23. Para un análisis, véase Acemoglu *et al.* (2015).

alza: «Con la democracia no sólo se vota, sino que también se come, se educa y se cura».⁸

Aun así, la respuesta a la pregunta de «¿para qué es buena la democracia?» no puede darse sólo en términos de dinamismo económico o beneficio social. Una colega muy sabia, Cathy Cohen, ofreció la siguiente respuesta a esta cuestión: las democracias no siempre alcanzan los mejores o más justos resultados. Pero dan esperanza.

Esto es lo que yo creo que quiere decir.

Consideremos la situación de los grupos minoritarios, personas que se diferencian de la mayoría de la población por su aspecto físico o por el idioma que hablan o la religión que practican. A menudo, estos grupos se enfrentan a la persecución, el abuso y la violencia. Estas humillaciones pueden ser infligidas por la ciudadanía, por la policía y las fuerzas de seguridad o por otros agentes poderosos. La cuestión clave es: ¿cuentan los grupos minoritarios con algún recurso? ¿Existe alguna acción que puedan hacer, como personas individuales o como colectivo, para buscar que se haga justicia y restaurar su dignidad?

Las democracias institucionalizan unos derechos formales que pueden ofrecer recursos a las minorías y a las personas marginadas, en el plano individual y como grupo. Hay mucho debate entre los politólogos a la hora de definir la democracia, pero una definición ampliamente aceptada es que es un sistema político en el que los Gobiernos protegen una serie de derechos ciudadanos. La ciudadanía tiene derecho a expresar su opinión sobre cuestiones políticas sin miedo a recibir un castigo por ello. Tiene derecho a asociarse y a tener acceso a fuentes alternativas de información. Y, algo crucial, la mayor parte de la ciudadanía adulta tiene

8. La frase es de Raúl Alfonsín, quien se proclamó presidente en 1983, el primer presidente argentino elegido democráticamente desde 1973. Agradezco a Luis Schiumerini la referencia. [*N. de la T.*: «Mensaje de asunción del presidente D. Raúl Ricardo Alfonsín. 10 de diciembre de 1983», Dirección Servicios Legislativos, año VI, n.º 153, mayo de 2018. ISSN 2314-3215, Argentina, Biblioteca del Congreso, p. 80.]

derecho a votar en unas elecciones libres y justas. Los partidos que gobiernan pueden perder las elecciones y, cuando esto ocurre, se retiran de manera pacífica.⁹

Estas disposiciones institucionales hacen que las democracias estén más capacitadas para proteger a la ciudadanía de detenciones arbitrarias, violaciones del *habeas corpus* y discriminación basada en la raza, la etnia y la religión. En resumen, para proteger los derechos humanos.¹⁰

En países en vías de convertirse en autocracias, estas protecciones se debilitan. Pensemos en la situación de Turquía, una sociedad multiétnica. Bajo los mandatos liderados por Recep Tayyip Erdoğan y el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), la libertad de prensa, la independencia judicial y la confianza en las elecciones se han debilitado. Entre la población, la minoría más amplia es la formada por la población kurda. Los kurdos en Turquía sufren persecución, abusos y violencia. Desde principios del siglo xx, los Gobiernos turcos han tratado de prohibir el uso del idioma kurdo y de suprimir las organizaciones políticas kurdas.

A pesar de que, en Turquía, la población kurda ha establecido movimientos separatistas violentos, también ha buscado tener una representación mediante partidos políticos no violentos. En el espacio cada vez más restringido de la democracia turca, estos agentes pacíficos han comprobado cómo sus derechos se han visto gravemente reducidos. Un activo líder político kurdo tuvo que hacer su campaña presidencial desde la cárcel.¹¹

9. Casi todos los criterios que enumero pueden encontrarse en Dahl (1998); el requisito de que los partidos que gobiernan pueden perder y se retiran se enfatiza en Przeworski (1991).

10. La mayor protección de los derechos humanos por parte de los sistemas democráticos en contraste con los regímenes autoritarios ha sido el objeto central de muchos estudios en el campo de las ciencias sociales. Para un análisis de toda esta investigación, véase Davenport (2007).

11. Se trata del Partido Democrático de los Pueblos (*Halkların Demokratik Partisi*, HDP) y de su líder, Selahattin Demirtaş.

En la democracia en declive de Turquía, el espacio para la acción colectiva pacífica es cada vez más pequeño para todos. En mayo y junio del 2013, cientos de miles de ciudadanos turcos de una amplia variedad de identidades étnicas y religiosas –turcos seculares, alaitas, algunos devotos de la Sunna– y pertenecientes a toda una serie de organizaciones políticas y civiles se manifestaron juntos. Las protestas del parque Gezi comenzaron como un intento de proteger un espacio verde en el centro de Estambul y crecieron hasta convertirse en un gran levantamiento nacional. La prensa turca, en parte de propiedad afín al Gobierno y en parte sujeta a la autocensura, no cubrió este acontecimiento masivo, del que la mayoría de la gente se enteró por las grabaciones de los móviles y la información compartida en las redes sociales. Las personas que participaron en las manifestaciones se enfrentaron a una dura respuesta policial.

Cuando visité Estambul durante un viaje de investigación en el 2015, conocí a Múcella Yapıcı, arquitecta y secretaria de la Cámara de Arquitectos en Estambul. Ella había participado activamente en las protestas del parque Gezi. Recuerdo que me estremecí cuando Múcella me contó que se enfrentaba a un proceso, acusada del cargo de «establecimiento y dirección de organización ilegal». En caso de ser condenada, la pena sería de más de veinte años de prisión. Más adelante durante ese mismo año, Múcella fue absuelta por un tribunal. Pero en el 2022 los cargos que se le imputaban, relacionados con las protestas de Gezi, se elevaron a «intento de derrocamiento del Gobierno». Entonces tenía setenta y un años, y fue condenada a una pena de dieciocho años de prisión. Más tarde, en el 2025, fue absuelta.

La experiencia estadounidense en extender o negar los derechos a las minorías arroja lecciones parecidas. La lenta expansión de los derechos en el siglo xx llevó a una mayor garantía de protección frente a la violencia, la persecución y el abuso. Pero la reciente erosión de la democracia estadounidense supone una amenaza para estos mismos derechos, y esta amenaza daña al conjunto de la población estadounidense.

Según la definición estándar, Estados Unidos es una democracia, aunque con muchas notas de advertencia. El dinero desempeña un papel importante en la política estadounidense, y lo ha hecho desde el siglo xix. La expansión del sufragio en Estados Unidos fue un proceso lento. Las mujeres no obtuvieron el derecho al voto en las elecciones nacionales hasta el año 1920. La exclusión de las mujeres del sufragio «universal» llevó a Robert Dahl, un reputado teórico de la democracia, a definir a Estados Unidos y a otros países, hasta bien entrado el siglo xx, como «democracias masculinas».¹² Los afroamericanos no obtuvieron el derecho al voto hasta la Reconstrucción (1865-1877). Pero, en la era de las leyes Jim Crow (1876-1965), los impuestos al sufragio, las pruebas de alfabetización y otras barreras convirtieron ese derecho en letra muerta en gran parte del sur de Estados Unidos.

El periodo de las leyes Jim Crow fue un periodo de enorme violencia contra la comunidad afroamericana. Más de cuatro mil cuatrocientas personas fueron asesinadas en linchamientos, unos episodios de violencia masiva que a menudo tenían lugar con la connivencia de los funcionarios locales. (Las comunidades de personas migrantes mexicanas, italianas y chinas, así como de los pueblos originarios, también sufrieron linchamientos, aunque en menor número que la comunidad afroamericana.)¹³ Los responsables casi nunca fueron procesados.¹⁴ Finalmente, los activistas locales, la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) y los periódicos que se hacían eco de estos crímenes pusieron fin a los linchamientos en la década de los años treinta. Sin las libertades de expresión, de asociación y de prensa, su tarea habría resultado mucho más difícil.

12. Dahl (1998).

13. Véase Carrigan y Webb (2003).

14. La comunidad afroamericana también sufría otras formas de violencia, como la agresión, la violación y el asesinato (sin que estuviera incluido el espectáculo público del linchamiento). Véase Wood (2018).

La violencia continua dirigida contra la comunidad afroamericana, así como los prejuicios y otras humillaciones, son una lacra que persiste en la democracia estadounidense. En la actualidad, estas acciones a veces vienen acompañadas de procesos judiciales y un castigo. La rendición de cuentas legal rara vez tendría lugar si no fuera por una sociedad civil activa que hace campaña por ella. Aun así, en los últimos años, las falsas denuncias de fraude generalizado en las elecciones han impulsado un regreso a las restricciones del acceso al voto. La erosión democrática provoca que las minorías, y la ciudadanía en su conjunto, se pongan a la defensiva.

La ciudadanía valiente en los países autocráticos ejerce presión para provocar un cambio, pero el riesgo puede ser abrumadoramente alto. El riesgo es elevado también en las democracias gravemente debilitadas, como Turquía, tal y como atestigua la experiencia de Múcella. En general, las democracias ofrecen un espacio para la acción y la esperanza. Merece la pena luchar por estos sistemas, y merece la pena luchar para hacerlos mejores.

* * *

He aquí una hoja de ruta de los capítulos que siguen. Comienzo, en el capítulo 1, por describir la erosión democrática. La erosión ocurre cuando los presidentes y los primeros ministros reducen las restricciones a las que se enfrentan, unos límites impuestos por tribunales, órganos legislativos, administradores públicos, la prensa y el electorado. De manera deliberada, debilitan estas restricciones institucionales mediante una serie de estrategias que los académicos describen, apropiadamente, como el «manual de estrategia» del aspirante a autócrata, que se detalla en el capítulo 1.

El primer paso para explicar por qué las democracias sufren una erosión es reunir datos de las democracias de todo el mundo –de aquellas que están erosionadas y de las que no lo están– y emplear técnicas estadísticas para definir las causas de esa erosión, una tarea que analizo en el capítulo 2. El modelo revela factores estructurales que colocan a los países en una posición de mayor riesgo frente a la

erosión. El factor de riesgo clave es la desigualdad salarial. Las democracias con mayor índice de desigualdad presentan alrededor de un treinta por ciento de probabilidad de sufrir erosión en cualquier momento. En las más igualitarias, la probabilidad es de sólo un dos o un tres por ciento. La relación estadística entre la desigualdad y la erosión ayuda a explicar por qué, como se ha sugerido anteriormente, el mundo experimentó una ola de erosión después de un periodo de globalización y desregulación.

En los capítulos 3 y 4 se exponen los nodos que unen la desigualdad con la erosión democrática. El capítulo 3 continúa a través del ascenso de los etnonacionalismos de derechas en el norte global. El capítulo 4, por su parte, avanza en paralelo a través de los populismos de izquierdas, en el sur global.

Ya sean etnonacionalismos de derechas o populismos de izquierdas, los agentes de la erosión democrática no pueden triunfar si pierden el apoyo del electorado. Cuando, tras un golpe de Estado, las democracias se derrumban, la opinión de las masas deja de importar. Cuando las democracias se deterioran a manos de unos líderes electos que amplían sus poderes, el sentimiento del público aún debe ser gestionado. El apoyo sostenido al líder regresor por parte del público a menudo marca la diferencia entre un declive continuado de la democracia y uno que se ve interrumpido en seco. Comprender la erosión democrática, entonces, requiere que indagemos a fondo en cómo responde el electorado ante los líderes regresores, y cómo esos líderes tratan de mantenerlo fiel a sus proyectos. Estas son las tareas de las que me ocupo en la segunda parte del libro.

El capítulo 5 explora las lógicas de la polarización y el lenguaje basura. El capítulo 6 analiza la evidencia que explica estas lógicas. Un público polarizado es aquel en el que una gran parte del electorado tolerará acciones antidemocráticas por parte de su líder, como un mal menor que asume para mantener a la otra parte, a la que odia, alejada del poder. Dado que la polarización es beneficiosa para los regresores, estos tienen una poderosa motivación para empujar al electorado todavía más hacia el odio dirigido contra la otra parte. No es difícil dar con ejemplos de presidentes, primeros

ministros y otras élites de los partidos que emplean una retórica altamente polarizante.

Sin embargo, la eficacia de las estrategias polarizantes tiene sus límites. La retórica polarizante enciende a los simpatizantes del regreso. Pero también enciende a los de los partidos de la oposición y aliena al electorado independiente o menos militante. Una estrategia alternativa, y menos propensa a alienar a la oposición y al electorado independiente, es la que yo llamo la democracia del lenguaje basura: el uso por parte de los líderes políticos de una retórica dirigida a convencer al electorado de que las principales instituciones políticas del país están profundamente deterioradas. Cuando los regresores usan un discurso polarizante, su mensaje implícito es: *debes mantenerme en el poder para evitar la catástrofe que ocurriría si ganara la otra parte*. Cuando emplean el lenguaje basura, el mensaje implícito es: *no te preocupes por que debilite instituciones clave, porque, de todas formas, ya son un desastre*. También apuntan a que la democracia sólo prosperará si se concentra un poder mayor en manos del presidente o del primer ministro. Estas instituciones –dicta su mensaje– ya son corruptas y elitistas, y deberían ser erradicadas para construir un sistema mejor. Los líderes regresores atacan la democracia con un discurso que emplea el lenguaje basura para fomentar el cinismo entre la ciudadanía.

La polarización y el lenguaje basura son, de este modo, estrategias para impulsar el apoyo a los líderes regresores. El poder de estas estrategias reside, en parte, en la pizca de verdad que contienen. Los partidos de la oposición cuentan, efectivamente, con miembros extremistas que, si les dieran luz verde, dañarían gravemente los intereses de los simpatizantes de los regresores. De igual manera, el lenguaje basura contra la democracia no es del todo una cortina de humo: algunos jueces son, efectivamente, corruptos, y algunos periodistas son malos y mentirosos.

Pero los regresores no se limitan a exagerar. Su éxito a menudo depende de que amplios sectores de la población se crean afirmaciones que son completamente falsas. El capítulo 7 indaga en las razones por las que cualquier persona puede llegar a creer las

demenciales afirmaciones de unos líderes egoístas, como que unas elecciones bien reguladas le han sido «robadas» al verdadero vencedor. Esta exploración me obliga a profundizar en las dimensiones psicológicas de la demagogia y la regresión.

Si detrás de la erosión democrática se encuentran las brechas salariales, los ataques polarizados dirigidos a la oposición y a las más altas instituciones, y unos poderosos vínculos psíquicos entre los regresores y el electorado, que distorsionan la realidad, ¿cómo se puede contrarrestar? El capítulo 8 identifica puntos débiles y contradicciones en las estrategias de gobierno de los potenciales autócratas. Recurro ahí a la evidencia de las ciencias sociales para plantear cómo despolarizar y contrarrestar los efectos del lenguaje basura, y cómo reconstruir el optimismo en torno a la democracia. Ese último objetivo implica claramente luchar para hacer que la democracia funcione mejor, especialmente para los segmentos de la ciudadanía que tienen buenas razones para temer que las clases más ricas y las élites los dejen atrás. Una sencilla lección, que nos lleva de vuelta, completando el círculo, al capítulo 2, es que la desigualdad salarial comporta un claro riesgo político. Reducir la desigualdad y apuntalar la democracia no son tareas separadas. Al contrario: van de la mano.

Hay mucho en juego, por lo tanto, en la salud y la supervivencia de las democracias de todo el mundo. Todos y todas podemos desempeñar un papel, desde activistas políticos, líderes de partidos prodemocráticos, abogadas y jueces hasta el electorado. La profusión de estudios académicos publicados por expertos de todo el mundo ha marcado una diferencia. Proteger la democracia requerirá de una gran inventiva y coraje, así como de agudeza analítica acerca de las razones por las que nos hemos desviado del rumbo y acerca de cómo volver a él.